

# Una apuesta por la auténtica educación de la mujer

María Antonia Bel Bravo

## RESUMEN

En este artículo se apuesta por una educación respetuosa con la identidad de cada uno: identidad de mujer/identidad de varón. Se entiende que una educación de talante igualitarista entre ambos sexos, como la que propugnaba el feminismo inicial, nunca proporcionará respuestas a los desafíos que tiene planteados la sociedad actual.

## ABSTRACT

### **A STAKE ON AN AUTHENTIC EDUCATION FOR WOMEN**

This article places a stake on an education respectful of personal identity: female/ male identity. It is understood that an egalitarian vision of both genders , such as is sustained by first wave feminism, will never be able to provide an answer to modern society challenges.

## INTRODUCCIÓN

Todas las Conferencias de Naciones Unidas han coincidido en proclamar, sea cual sea el tema abordado, que la educación es clave para que el mundo cambie. Invertir en educación no es tan sólo atender un derecho fundamental sino construir la paz y el progreso de los pueblos. Educación para todos, por todos, durante toda la vida: este es el gran desafío. Sustituir la razón de la fuerza por la fuerza de la razón; sustituir la opresión por el diálogo; sustituir la exclusión, y cualquier tipo de marginación, por la convivencia pacífica. La Modernidad fue excluyente, la auténtica postmodernidad debe ser incluyente, conjuntiva.

Pero todas estas metas requieren, como digo, una inversión profunda en educación, porque las fuentes de la violencia se dan siempre por la carencia de cultura, por la falta de educación: ¿qué son, pues, el dogmatismo, la intolerancia, el prejuicio, la repetición acrítica de tópicos, sino falta de cultura, falta de ejercicio del sentido crítico, falta de pensamiento, sinrazón en definitiva?

## UNA EDUCACIÓN SEXUADA

La importancia de la mujer a lo largo de la historia es incuestionable, como ya se está viendo en los múltiples estudios que se publican. Sin embargo, la alternativa por la que ha optado, en líneas generales, para no ser conside-

rada como pasiva y conseguir cierta autonomía personal ha sido la imitación de «los modos de hacer» masculinos; en bastantes casos los «modos de hacer» más defectuosos del varón, como por ejemplo su utilización irresponsable de la sexualidad o su falta de atención por la familia, sin entender que hay una diferencia sustancial entre imitar y «aprender de». Hay que aprender, sí, pero también hace falta acercarse históricamente a «otros modos de hacer» de la mujer, en otras épocas, que sintonizaron con las necesidades concretas de sus coetáneos y que pueden responder -quizá con más acierto y sin recurrir al expediente fácil de la imitación- a los retos que tiene planteados el mundo de hoy.

Así, es preciso analizar el filtro peculiar -distinto al predominante en su tiempo- con el que observan y protagonizan los acontecimientos sociales, políticos, económicos culturales del mundo que les rodea algunas mujeres de los siglos XV al XIX y comprobar cómo, hasta cierto punto, es muy positivo que la mujer no conectara con ciertos aspectos de la Modernidad en su momento. Es verdad que, en muchos casos, porque no le dieron esa oportunidad, pero, también es verdad, en otros, porque ella no quiso y, de cualquier modo, vistos los desastres que han acompañado a los grandes logros de esa época, se puede decir que por lo menos la mitad de la humanidad no pactó con ellos<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Desarrollo este tema en un libro que se encuentra en estos momentos en prensa.

El feminismo, al menos una parte de él, que sí ha pactado en el siglo XX con una modernidad decadente y disyuntiva, no le ha hecho ningún favor a las mujeres, porque ha sido a costa de despojarlas de su propia identidad. Cuestión ésta que es, cuanto menos, un flaco servicio a la causa. El principal problema del viejo feminismo ha sido su carencia de una visión antropológica que fundamente el reconocimiento de la diferencia entre los sexos pues se limitó a intentar, desde un prisma igualitarista, que las mujeres imitaran a los hombres.

Tampoco el actual feminismo de «género» ayuda a las mujeres pues piensa que tanto la masculinidad como la feminidad son construcciones sociales independientes. Pero pensar «mujer» es algo más que un género cultural. La mujer es persona y, por ello, naturaleza relacional. Y las relaciones interpersonales se fundamentan y se nutren en la condición sexuada, masculina y femenina, del ser humano. Ciertamente que estas relaciones necesitan expresarse en cultura, la generan, y dentro de ella viven. Pero la cultura es posible por causa de esas relaciones radicales y no al revés, pese a su natural interacción e interdependencia. Cuestión aparte será velar porque esas relaciones estén marcadas por el signo de la libertad y de la igualdad, en vez de por la opresión que ha sido habitual en tantos momentos de la historia de las mujeres. En definitiva, velar por un diálogo más razonable entre naturaleza y cultura.

A ellas se les negó durante siglos la instrucción, pero instrucción y cultura no son cuestiones idénticas. Hace fal-

ta estudiar la peculiaridad del sentido cultural femenino: inteligencia poliédrica, profundización en los lazos interpersonales, características empáticas del ser femenino. Una antropología, la de la mujer, más tendente a la conjunción que a la disyunción. También es necesario apuntar algo acerca de las dimensiones del cuidado y la conservación, tan en la cresta de la ola actualmente en ámbitos, sobre todo ecologistas, y tan desarrolladas a lo largo de los siglos por las mujeres.

En este sentido, es preciso hacer una distinción básica entre instrucción y cultura. Naturalmente, toda cultura implica necesariamente un mínimo de instrucción, pero no ocurre lo mismo a la inversa: puede existir y existe de hecho, instrucción sin cultura. La instrucción tiene más bien un carácter acumulativo y externo. Es una acumulación de conocimientos que no implica necesariamente la participación interna, que no implica en definitiva a la propia identidad personal.

La cultura, sin embargo, supone no sólo el conocimiento de un objeto, sino la participación vital del sujeto, que sabe dotar de inteligencia a la emoción. Basta examinar la propia etimología de la palabra. Cultura viene de «colere», que hace referencia a la agricultura, a una tierra cultivada, que permite la germinación del grano. Los granos y las semillas no están ahí como en un depósito, sino que existe una colaboración entre la tierra y la planta. La tierra misma queda modificada por la existencia de la planta. De igual modo la persona cultivada forma un todo

con la cultura, modifica y es modificada interiormente. En otras palabras, la instrucción es impersonal y la cultura es personal, es decir, está integrada en la propia vida del individuo, forma parte de su propio ser.

Por otro lado, la instrucción no conlleva diferencias de nivel: o se es instruido o no se es; o se tienen conocimientos o no se tienen; mientras que la cultura es susceptible de una continua profundización. El hombre culto, la mujer culta son los que establecen unas relaciones personales inéditas entre los distintos datos que la instrucción les proporciona. La cultura se profundiza continuamente, mientras que la instrucción sólo puede extenderse. Por eso, podemos hablar de una cultura profunda, pero nadie hablaría de una instrucción profunda, sino más bien de una instrucción amplia. La instrucción, pues, se refiere a la superficie del saber y la cultura a su densidad.

La verdadera cultura aparece como una creación continua, mientras que la instrucción no es sino un inventario superficial. Así pues, hay una relación estrecha entre cultura y verdad, entre cultura e identidad personal. Esta cuestión se aprecia claramente en los escritos femeninos que he podido estudiar en otras ocasiones<sup>2</sup>. Dichos escritos, me remiten insistentemente a lo que podríamos llamar su propio sistema ético, esto es, a los fundamentos antropológicos que constituían sus concepciones y posiciones

2 Véase BEL BRAVO, M. A. (2002), *Mujeres españolas en la Historia Moderna*, Madrid, Sílex.

respectivas sobre el ser humano y cuanto le rodeaba. En definitiva «al genio de la mujer», como gustaba decir a Juan Pablo II. «Creo en el genio de la mujer. Incluso en los periodos más oscuros de la Historia se encuentra este genio, que es la levadura del progreso humano»<sup>3</sup>. Es decir, el cristianismo no solo ha promocionado a la mujer sino que piensa que ella es la levadura del verdadero progreso: el progreso humano.

### UNA IDEA DE PERSONA

La Historia demuestra que es la persona y no la naturaleza quien proporciona los recursos primarios, que el factor clave de todo desarrollo económico proviene de la mente del hombre. Ahora bien, «si la civilización occidental está en un estado de permanente crisis, no es nada antojadizo sugerir que podría haber algo equivocado en su educación. Ninguna civilización ha dedicado más energía y recursos para la educación organizada, y aunque no creyéramos absolutamente en nada, sí creemos que la educación es, o debiera ser, la llave de todas las cosas. En realidad, la fe

3 Entrevista de María Antonietta Machiochi a Su Santidad en el diario *El Mundo* de Madrid. Esta misma idea se puede encontrar en la «Carta a las mujeres», que escribió con ocasión de la IV Conferencia Internacional de Beijing, en 1995.

en la educación es tan fuerte que la consideramos como la destinataria residual de todos nuestros problemas»<sup>4</sup>.

Pero ¿qué y cuál educación? La tarea de la educación sería, primero y antes que nada, la transmisión de criterios de valor, de qué hacer con nuestras vidas. Sin ninguna duda también hay necesidad de transmitir el «saber cómo», pero esto debe estar en un segundo plano porque primero se ha de tener una idea razonable de qué hay que hacer. La esencia de la educación, pues, es la transmisión de valores porque cuando la gente pide educación lo que normalmente quieren decir es que necesitan algo más que entrenamiento, algo más que el mero conocimiento de los hechos. Lo que buscan son ideas que les presenten el mundo y sus propias vidas de manera inteligible porque vivir es hacer una cosa en lugar de otra. ¿Qué es entonces la educación? Es la transmisión de ideas que le permitan al hombre elegir entre una cosa u otra.

Por otra parte, la ciencia no puede producir ideas que nos sirvan para vivir. Si alguien busca educación porque se siente perdido, porque su vida le parece vacía y sin sentido, no podrá obtener lo que va buscando por el estudio de cualquiera de las ciencias naturales; en otras palabras por el «saber cómo». Ese estudio tiene mucho valor pero no soluciona nada a nuestro protagonista. Deberá dirigirse a las Humanidades, pues sólo ahí podrá encontrar respues-

4 SCHUMACHER, E. F. (1990): *Lo pequeño es hermoso*. Madrid, Herman Blume Ediciones, p. 67.

tas para sus preguntas vitales. Son muchas las ideas que pueden proporcionarle las Humanidades por su carácter de esencialidad y universalidad. Aunque es preciso estar atento porque tampoco las Humanidades se han salvado de la dictadura del tópico. Por eso es tan importante encontrar un maestro que ayude a discernir lo verdadero de lo falso. Insisto, una educación meramente científica no puede hacer esto porque trata solo con ideas instrumentales. El verdadero proceso educativo es el que conduce a darse cuenta de que un aprendizaje que no responda a las preguntas de la naturaleza humana muy difícilmente puede ayudar.

En definitiva, la educación sólo puede llevar el nombre de tal si forja seres completos<sup>5</sup>. No simplemente aquellos que saben un poco de cada cosa, para eso ya están las enciclopedias. Ni tampoco los/las que únicamente saben cómo hacerlas. Una educación que sólo proporcionara esto -y no es mi intención restarle valor- sería meramente instrumental, mientras que lo que necesita el ser humano es la comprensión de por qué las cosas son como son y qué es lo que tenemos que hacer con nuestras vidas. El hombre educado, la mujer educada, completa como dice Schumacher, es el/la que está en contacto con el centro y que, por lo mismo, no duda acerca del significado y fin de la vida. En esto la mujer tiene «superavit» de experiencia.

5 *Ibid.* p. 80.

## UN MERCADO LABORAL SEXISTA

Es preciso trasladar las cualidades de la mujer a los problemas que actualmente tiene planteados la sociedad en general y el ámbito profesional en particular. Son ya bastantes los autores que han llamado la atención sobre las limitaciones derivadas de que las mujeres se dediquen en el mundo profesional a emular el modelo masculino, en lugar de poner en práctica sus dotes naturales. Una asesora de empresas estadounidense, Marilyn Loden<sup>6</sup>, sugería hace unos años modelos para desarrollar en el trabajo las cualidades específicamente femeninas. Aunque en un principio la propuesta fue acogida con cierto escepticismo, algunas compañías como Pepsi, Du Pont y Lotus han comenzado a ponerla en práctica, y ¡da resultado! Estas empresas han creado programas de formación para que sus ejecutivos desarrollen capacidades habitualmente más arraigadas entre las mujeres, por ejemplo el aprender a escuchar, valorar la opinión contraria o el mejorar las relaciones con los empleados, haciéndoles entender la importancia de su trabajo para el conjunto de la empresa.

Judy Rosener, profesora en la Escuela de Negocios de la Universidad de California, publicaba, en 1991, en la *Harvard Business Review* un artículo en el que hablaba de un nuevo estilo femenino de dirección. Según Rosener,

6 Véase (1990). *Workforce America*. New York.

las mujeres de estas empresas triunfan «gracias a» -y no «a pesar de»- sus tradicionales características femeninas, inapropiadas en un director. Los hombres están más inclinados a pensar que el propio interés de sus subordinados es el único estímulo eficaz, por eso sólo utilizan incentivos económicos para quien trabaja mejor, y sanciones para quien no realiza bien su tarea. Según Rosener, las mujeres, por el contrario, procuran transformar el interés individual de los trabajadores en preocupación por objetivos más amplios: el éxito global de la empresa es parte de su propio éxito profesional, y éste condición de aquél. Por otra parte, los expertos aseguran que la peculiar personalidad femenina hace que las mujeres sean especialmente -aunque no exclusivamente- competentes en todo lo relativo a la gestión de recursos humanos y dirección del personal de las empresas.

Así pues, a nivel teórico está claro que mujeres y hombres son iguales. Esto queda patente en los códigos legislativos de casi todos los países occidentales, en muchos casos gracias a las reivindicaciones de los grupos feministas, como se ha señalado. Pero también es admitido por todos que la mujer sigue hoy de hecho discriminada. Su incorporación al mundo laboral, organizado con criterios exclusivamente masculinos, le hace muy difícil compatibilizar de modo satisfactorio la tarea profesional y la familiar. La mujer tiene de hecho una doble jornada laboral. Pero no sólo eso, sino que su contratación se condiciona con frecuencia a una posible maternidad, recibe en bastantes casos una

retribución inferior a la de los hombres por el mismo trabajo, la mayoría de las mujeres se concentran en empleos que exigen poca cualificación, el índice de paro es superior al de los hombres y, hoy por hoy, constituye una «reserva de mano de obra» (esta es la conclusión que arroja un estudio realizado con 1000 gerentes de las veinte empresas de mayor envergadura de los Estados Unidos).

El reto que se plantea en la actualidad a los gobiernos es el de dar respuestas no sólo legales sino también reales a problemas que el feminismo inicial no había previsto. Así, tanto la Comunidad Europea como gran parte de los gobiernos del resto del mundo, están poniendo en marcha continuamente *Programas de Acción* orientados a conseguir la igualdad de oportunidades entre las mujeres y los hombres, con el fin de contribuir a promover una participación efectiva y total de las mujeres en el mercado de trabajo y valorar su contribución profesional. Otras medidas de la Comunidad, como el programa NOW<sup>7</sup>, prevén poner en marcha mecanismos concretos para facilitar la igualdad de oportunidades. Iniciativas que ofrecen a los estados miembros, especialmente a las regiones menos desarrolladas, la posibilidad de cofinanciar acciones que permitan promocionar la cualificación de las mujeres.

7 (1995) Employment-Now. New employment opportunities for women. European Commission.

## A MODO DE CONCLUSIÓN

La defensa de los valores considerados propiamente femeninos es uno de los rasgos que caracterizan al tercer feminismo, también denominado *neofeminismo*, que pretende una superación de los antiguos planteamientos: «El movimiento de la mujer debe adoptar el nuevo enfoque acorde con la mayoría, no al estilo estridente y anticuado de otros tiempos». Así se expresaba en *Los Angeles Time* Harriet Woods, presidenta del National Women's Political Caucus. Este nuevo feminismo quiere salvar la igualdad de derechos dentro de la diferencia natural entre hombre y mujer. Alguien podría objetarme que esta defensa de los valores considerados femeninos parece una vuelta a los viejos roles de la mujer -recluida en casa- y del varón -inmerso en el trabajo profesional-. No debe interpretarse así. La profesora estadounidense Jean Bethde Elsthain<sup>8</sup>, una de las representantes neofeministas más destacadas, señala que es necesario poner fin a los términos que tienden a esquematizar el mundo llenándolo de disyuntivas excluyentes: familia frente a vida profesional, por ejemplo. En este sentido, Elsthain asegura que todos aquellos valores entendidos como propiamente femeninos (la sensibilidad, el cuidado y la atención por los demás, la capacidad recep-

8 Véase (1981) *Public Man, Private Woman in Social and Political Thought*. Princeton University Press,

tiva...) no deben considerarse privativos de la mujer, sino que deben ser también asimilados por el hombre.

¿Sería bueno, entonces, en lugar de seguir haciendo hincapié en la igualdad resaltar la diferencia?, pues, además del ya comentado «feminismo de la igualdad», del que S. de Beauvoir<sup>9</sup> fue su representante extrema, ha existido también un feminismo más preocupado por resaltar las diferencias entre ambos sexos, que, en definitiva, no pasa de ser una nueva manera de contemplar dialécticamente las relaciones personales: una nueva hipótesis, pero sin confirmación real hasta el momento.

La propuesta neofeminista se fundamenta en una consideración antropológica que intenta engarzar tanto la igualdad como la diferencia entre hombre y mujer, superando de este modo la subordinación y el igualitarismo. El neofeminismo ha considerado que tan necesario es reivindicar la igualdad como resaltar la diferencia, insistir en la identidad y a la vez resaltar la polaridad. En cualquier caso, es preciso no caer en el error de identificar -como algunos han hecho- al hombre con lo científico y racional y a la mujer con la naturaleza y lo emocional. Es importante huir de esquematismos simplistas.

Porque nos encontramos inmersos en un mundo distinto, con problemas distintos y al que hay que buscar soluciones nuevas. La Postmodernidad, y, en consonancia con

9 Recuérdense las tesis defendidas en (1949) *El segundo sexo*, París. Por ejemplo que «una no nace mujer, una se convierte en mujer».

ella, el nuevo feminismo, quiere modificar (ampliándolos) sus objetivos (rechazo a la progresiva masculinización de la mujer y apertura a la maternidad y a la familia), y para ello ha de cambiar sus planteamientos (poner fin a las disyuntivas excluyentes; poner fin al tratamiento del tema sólo desde la identidad o sólo desde la diferencia). Se trata de entender suficientemente, sin anularla, la diferencia. De entender, por tanto, a la mujer en su ser personal. En realidad, la situación actual de perplejidad sólo se plantea cuando se acepta la oposición naturaleza y razón, cultura y libertad, propia de los presupuestos ideológicos de la Modernidad, como señalaba Carmen Segura en el Congreso del año 1995 sobre «El espacio social femenino»<sup>10</sup>. Es preciso asumir lo natural si no se quiere renunciar a la propia identidad, abdicando de la construcción de una pura idea; es preciso aceptar las leyes y condicionamientos que la naturaleza impone, sin voluntarismos baratos. Porque defender la diferencia es simultáneamente defender la identidad.

El movimiento neofeminista actual responde a un intento de que la mujer recupere su carácter personal, sin necesidad de asimilarse al varón, es decir, salvando las diferencias que son las que le confieren identidad. Por ello la participación de la mujer en todos los ámbitos de la vida jamás puede pasar por la asimilación con el varón, lo que además supondría un planteamiento machista: volver

10 (1998) Pamplona.

a considerarlo como criterio y medida de la realidad. Es preciso concebir de un modo diferente la realidad; de un modo tal que no exija la supeditación, el sometimiento de ninguna de las partes, sino que respete la pluralidad, la diferencia.

Copyright of Hospitalidad ESDAI is the property of Universidad Panamericana and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.